

LÓPEZ EIRE, Antonio, *Sobre el carácter retórico del lenguaje y de cómo los antiguos griegos lo descubrieron*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas (Colección Bitácora de Retórica, 21), 2005, 189 págs.

El hombre, dice Sófocles a través del Coro de su *Antígona* (vv. 354-355), “se enseñó a sí mismo el lenguaje y el alado pensamiento, así como las civilizadas maneras de comportarse”. Esta breve imagen bien puede ser tomada como una definición de la retórica, pues en ella observamos tres elementos ligados que establecen la capacidad de comunicar de modo razonado y civilizado, es decir, que a todo mensaje o simple emisión de un contenido priva una determinada intencionalidad, como lo demuestra López Eire en este volumen de la Colección Bitácora de Retórica (pp. 26-28). Esto es lo que, a nuestro juicio, guió al autor en su análisis sobre la retoricidad del lenguaje: la capacidad “para hacer cosas en el ámbito político-social a base de influir en los conciudadanos” (p. 7). El autor traza un amplísimo camino, producto de su fina y penetrante erudición, en el espacio de la tradición griega, dando énfasis a la época clásica, pues fue en ese periodo cuando se consolidó la retórica como *téchne*, pero no cercena el antes ni el después y, por el contrario, teje un discurso en el que todo aquello que tenía relación con la retórica es material necesario e indispensable para comprender uno de los mejores inventos de los griegos.

---

PALABRAS CLAVE: filosofía, lenguaje, política, Retórica, retoricidad.

RECEPCIÓN: 28 de febrero de 2007.

ACEPTACIÓN: 30 de marzo de 2007.

Sin dejar de lado el aspecto teórico de la retórica, que se halla ilustrado de un modo didáctico muy acertado al disponer ejemplos de los más diversos autores griegos, López Eire privilegia la visión pragmática de esta *téchne* (p. 10), pues, a su modo de ver, es la acción de la palabra, sobre todo la que toca al ámbito de lo público, en donde se aprecia la utilidad, intención y alcances de la retórica. En el marco de la antigüedad griega, los tribunales y la Asamblea fueron los espacios en los que se desplegaba la capacidad del individuo para poder ejercer el dominio de la palabra:

Como el hombre es un animal político-social que posee el lenguaje para mantener relaciones de índole psicológica con sus semejantes, con sus conciudadanos [...] para transmitirse mutuamente y compartir la “sensación” [...] del bien, del mal, de lo justo y lo injusto, para “hacer ver” [...] a sus conciudadanos lo conveniente y lo perjudicial, lo justo y lo injusto, el lenguaje debe estar bien dotado para tales funciones (p. 14).

De aquí se comprende la doble dimensión de la actividad retórica, pues la manera de aparejar las palabras obedece tanto al hecho de comunicar como al de reflexionar a partir del lenguaje. Tal reflexión es parte indispensable en la formación intelectual del hombre, porque se adquiere y se construye conocimiento a través del discurso racional (*lógos*; pp. 64-65).

La presencia y la praxis cotidianas de los recursos retóricos promueven el ejercicio del pensamiento. Es por ello que López Eire no está de acuerdo con quienes sólo ven en la retórica un catálogo de lugares comunes, porque tal elenco queda reducido únicamente a cuatro *tópoi* para los tres géneros del discurso (forense, deliberativo, epidíctico). Por tal razón, la *héuresis* (*inventio*) es un componente central en la retoricidad del lenguaje, ya que es por medio del proceso creativo como se logra alcanzar el objetivo del persuadir, y esto se da en la medida en que se encuentren los argumentos adecuados. Al respecto, el autor nos recuerda que Gorgias, el célebre sofista,

afirmó que el lenguaje tiene la virtud de persuadir y seducir con la ficción el alma de los oyentes, por lo que si Helena de Troya sucumbió a su encanto, no se puede dirigir a ella reproche alguno, pues la pala-

bra, a pesar de su minúsculo e insignificante cuerpo “lleva a cabo divinisimas obras” [B11, 8 D-K] (p. 31).

Toda actividad humana está permeada por el lenguaje y éste es eminentemente retórico por naturaleza. Éste es el descubrimiento que los griegos hicieron a través de la praxis del lenguaje, de lo que queda constancia en todos los ámbitos y resultados de su cultura (la historiografía, la tragedia, la comedia, la filosofía). De ahí que uno de los esfuerzos de López Eire sea el de evidenciar, no exento de una fina ironía, que incluso un tipo de lenguaje como el científico está arraigado en la retoricidad de la palabra, de tal suerte que difícilmente se puede vincular el concepto de Verdad (p. 15) con un sistema verbal que es dialéctico, debido a su carácter retórico: la realidad es muy penosamente apresada y representada por el lenguaje, según sostiene el autor, partiendo del razonamiento de Heráclito (pp. 57-58). El lenguaje tiene como función primordial influir en sus semejantes, y no el reproducir o transmitir la realidad desde un aspecto meramente lingüístico (p. 16). Así, la retórica busca persuadir al oyente y esta acción puede recurrir a distintas instancias o construcciones del lenguaje, como el mito, la magia e, incluso, la mentira (pp. 65-70). Para validar esta idea, López Eire recuerda la postura de Demócrito de Abdera, para quien “las palabras no son más que meras sombras de la realidad de los hechos” (p. 22). Como representación de la realidad, las palabras pueden develar lo cierto o lo falso y, en sentido estrictamente retórico, la verosimilitud (p. 114). El autor contrapone al pensamiento de Demócrito la afirmación de Pitágoras: el lenguaje era “un calco exacto y preciso de la realidad” (p. 22), idea que este pensador argumentó a través de la observación semántico-lingüística de la homonimia, la sinonimia, la metátesis o metonimia y la “ ‘carencia de palabra’ o *‘nónu-mon’* ” (pp. 23-24).

Que el lenguaje es sustancialmente retórico se prueba cabalmente por su carácter psicagógico, porque es capaz de arrastrar las almas de los oyentes que son persuadidos, según demuestra el autor con el comentario de fuentes de primera mano como el *Menéxeno* y el *Fedro* platónicos, así como la *Retórica* y la *Poética* de Aristóteles. López Eire muestra con claridad el nexo existente entre la psicagogía y la persuasión (cfr. los ejemplos que se exponen en las

pp. 104-107), esta última como fin de la práctica retórica, de acuerdo con el estagirita. En la transición que va de la creencia del poder mágico de la palabra a su carácter psicagógico, se hace referencia a Empédocles como el nexa entre ambas situaciones (pp. 70-72). A su vez, Gorgias, alumno del filósofo de Acragante, perfiló como modelo de discurso persuasivo algo análogo al ensalmo que, al igual que el *phármakon*, seduce y modifica el alma de los oyentes (pp. 115-119). La psicagogía, dice López Eire, fue el “punto concreto” en el que coincidieron “Sofistas y no Sofistas, pues en la única modalidad de Retórica que admite el Divino Filósofo [...] lo psicológico desempeña un destacadísimo papel” (p. 127; cfr. pp. 126-131). Así, magia, medicina y psicología acuden al crisol del lenguaje para crear mensajes persuasivos.

Por encima de todos los *officia* que Cicerón apuntó en el quehacer del orador, López Eire coloca a la persuasión como único propósito de quien ejerce este trabajo: “no deberíamos olvidar que *persuadere* en latín es un verbo de la misma raíz que el adjetivo *suavis*, que en griego antiguo es *hédus*, y que, por tanto, en la persuasión hay una acción suavizadora y limadora de asperezas que tiene más que ver con lo psicológico” y también con lo político-social (pp. 11-12). Pero estos dos últimos ámbitos van de la mano, como sostiene nuestro autor, pues la retórica puede curar a través del terapéutico consuelo de la palabra (p. 72), del mismo modo que el orador fungía ante la Asamblea como médico que, con la retórica como instrumento, se ocupa de los males de la *polis* (pp. 73-74). A esta visión de la retórica se opone claramente la postura de Platón, “filósofo dogmático” que, al creer en la existencia de la Verdad Absoluta, calificó a los rétores y a los oradores sofistas como “puros aduladores que daban a los oyentes lo que éstos creían desear y no lo que de verdad, aun sin ser plenamente conscientes de ello, querían [*Grg.* 501d-502d]” (p. 89, cfr. pp. 88-93, 119-121). Sin embargo, de varias maneras, López Eire sostiene y demuestra que es imposible captar y transmitir la Verdad Absoluta, porque el lenguaje “es un artefacto de validez temporal y espacial”, es decir, que el lenguaje se transforma una y otra vez en el seno de la dimensión político-social; por lo tanto, la palabra tornada en retórica se halla guiada por el *kairós* (el *momento oportuno*) y por el *prépon* (la *adaptación a las circunstancias*), bajo un estilo (*léxis*) dispuesto

para la persuasión a través de los discursos (pp. 98-103, 109-112) en los que el emisor concierta la corrección y la belleza del lenguaje (*orthoépeia* y *euépeia*, pp. 131-142):

El manejo correcto del léxico, de la dicción, la *orthoépeia*, y la elevación del estilo sobre lo que pudiera considerarse tono normal de la elocución, o sea, la *euépeia*, son las virtudes o “excelencias” (*aretai*) del lenguaje empleado en el discurso que intenta ser retórico, o sea, persuasivo (p. 133).

Además del rasgo en el que priva lo político, López Eire enfatiza, una y otra vez, la inclinación de la retoricidad hacia la estética (pp. 25 y ss.). En este caso, la poesía es un ejemplo evidente del modo en que la tarea de la palabra es, asimismo, la de embellecer y deleitar. Los discursos de los héroes homéricos son ejemplo de ello y, en otro contexto socio-político, también lo son los discursos de Lisias, Isócrates, Demóstenes, en fin, en toda la logografía se halla presente el rostro estético del lenguaje, lo que no está reñido con la técnica jurídica y argumentativa. Pero no sólo esta retórica de la poesía cumple con una función estética, sino que, incluso, muestra cómo es que a cada naturaleza heroica corresponde un tipo de palabra, su arreglo y finalidad, tal como López Eire lo comenta varias veces en su libro (pp. 29-31). En este procedimiento de composición se encontrará, más tarde, el trazo del *êthos* que los logógrafos de la época clásica ajustaban para sus clientes.

López Eire resalta también, en este sentido, las fórmulas usadas por los poetas de la épica, quienes hablaban con melifluas palabras que producían efectos tranquilizantes y placenteros en los oyentes (pp. 40-42). De la épica a la lírica, “aflora la concepción de la palabra como entidad sagrada y divina y llena de sabiduría y mágicas y sobrenaturales potencialidades” (p. 70; cfr. pp. 68-70). De igual modo, se evidencia este aspecto mediante la metáfora “pastizal de las palabras” de donde los héroes cosechaban su lenguaje (pp. 42-47). Saber recoger la cosecha era una tarea primordial, pues de ello dependía tanto la edificación del discurso como sus efectos persuasivos:

La cuestión importante a la hora de recolectar las palabras del “pastizal”, es saber hacerlo con discreción y buen tino, sabiendo que la

sabiduría del hablante no consiste en saber muchas palabras sino saberlas ordenadamente y en saberlas elegir para lanzarlas luego a sus destinatarios como flechas certeras que no fallen su diana, sino que resulten eficaces (p. 46).

Esta explicación clarifica uno de los postulados indefectibles de la actividad retórica, pues la selección y el orden de las palabras obedecen a la capacidad cognoscitiva del ser humano. En efecto, de acuerdo con la exposición del autor, uno de los rasgos que determinan el aspecto estético de la palabra se entiende por medio del estilo (*lexis*), que se halla situado tanto en la retórica como en la poética (p. 36; cfr. pp. 155-189, en donde el filólogo salmantino se ocupa de desmenuzar los ingredientes del estilo mediante nutridos ejemplos). Dos componentes son imprescindibles para la generación del estilo: la dicción clara (*saphè léxis*) y el orden elegante (*kósmos*); este último rasgo ya era una cualidad del lenguaje apreciada desde los tiempos de la poesía homérica; los pasajes que López Eire cita así lo demuestran. Para comprender tales términos, basta una comparación rápida del orden de los discursos de Odiseo, frente al desorden con el que Tersites presenta sus palabras. La palabra como elemento privativo de los nobles varones debía ser ejercitada porque, además de la valentía demostrada en la guerra, ésta era el otro componente de la gloria heroica (pp. 48-49). La analogía de la flecha y la palabra aclara el sentido ordenado del lenguaje, pues la puntería es el estilo desarrollado por los héroes de Homero para dar justo en el blanco. Esta habilidad tenía en el ágora la escuela práctica del lenguaje (pp. 37-39), donde la oralidad privaba por encima de cualquier otro elemento creativo (pp. 39-40). Ante los ojos de los príncipes aqueos es evidente que las flechas de Tersites no estaban bien dirigidas. Son abundantes los casos que López Eire asienta de la poesía homérica en torno a la relación temática entre la elocuencia de los héroes y las acciones de guerra (pp. 42-46). Una y otra actividad van sustentando su eficacia al alcanzar sus respectivos fines, tal como se aprecia incluso en la poesía hesiódica, en un contexto muy distinto al de la guerra, pero que dilucida la retoricidad del lenguaje al intentar poner en acción al perezoso de Perses mediante una serie de amonestaciones. Dicho de otro modo, la retoricidad implica también la praxis que es provocada en el destinatario del mensaje. ¿De qué manera el ciudadano de la época

clásica participaba en la tribuna, si no era a través de la acción impelida por la palabra? El tránsito del héroe al *polítes* significa el paso del *rhetér* al *rhétor*, dice López Eire, del que es capaz de hablar en público, al ciudadano que con conocimiento sostenía un debate político y presentaba casos en los tribunales. Una diferencia más: el *rhetér* definía sus mensajes en el ámbito de la oralidad, el *réthor* en cambio tuvo a su disposición la escritura.

Más allá de la *léxis* como concepto técnico de la retórica, que señala la buena composición del discurso porque se ha sabido elegir y disponer las palabras, el imaginario de la comunidad griega sostenía que la mejor lengua era la suya y que quien no hablaba bien el griego (*hellenízein*), no pensaba adecuadamente. Esta idea estaba tan arraigada entre los griegos que es posible hallarla en Platón y en Aristóteles. Este último equiparaba al bárbaro con el esclavo y a ambos los tachaba de serviles. En fin, el hecho era que sólo se podía pensar bien si se hablaba griego. Por encima de los griegos y, por extensión, de los bárbaros se encontraban los dioses (pp. 60-63), quienes “aciertan siempre con su “lenguaje-pensamiento”, con su *lógos*” (p. 62). Haciendo a un lado la cuestión racial y religiosa, se puede sustentar una lectura en la que se rescata la validez epistémica del lenguaje: sólo se piensa bien si se posee el lenguaje. O como escribió Isócrates: “nada inteligente se hace sin palabras”; esto último fue lo que condujo a los griegos, en el siglo V, a pensar sobre la posibilidad de aprehender la Verdad mediante el *lógos*. Para este fin, “la educación consistirá no en conocer el lenguaje y, dado que la Verdad es inasequible al lenguaje, en aprender al menos cómo conseguir el acuerdo político-social con el” (p. 147).

El ámbito natural de la retórica, como *téchne*, fue la democracia. O mejor dicho: una y otra actividad se desarrollaron de manera conjunta. Si bien es cierto que en todo mensaje hay siempre una intencionalidad que se explica por medio de los mecanismos retóricos, también lo es el hecho de que, como *arte* o *ciencia*, la retórica floreció en el seno de la democracia ateniense y allí construyó y desplegó sus finísimas herramientas a fin de lograr la persuasión. Emigrada de Sicilia (pp. 76-77), la retórica se asentó en Atenas y allí se desarrolló en diversos campos del quehacer intelectual y de la vida cotidiana. En este sentido, la sofística fue una vértebra fundamental en la reflexión que sobre el lenguaje, en general, y

acerca de la retórica, en particular, ejercieron los sofistas, de manera notoria Protágoras, Gorgias y Antifonte (pp. 78-88). Entre los logógrafos descolló la figura de Isócrates, alumno de Gorgias, quien llevó las riendas de una escuela de oratoria, en la que “regía una “filosofía” educativa de corte ético-político, derivada sin duda alguna de la Sofística, pero influenciada también por la doctrina socrática” (p. 95, cfr. pp. 94-97).

Conceptos como *kairós*, *prépon*, *êthos*, *páthos* y *léxis* son puentes que vinculan a la sofística con la retórica, pues, si se acepta que la Verdad Absoluta no existe, entonces se comprende por qué el discurso, objeto de la retórica, es “temporal y localmente “verosímil” [...], más psicológico que lógico [...], que requiere de un “tiempo oportuno” [...] y de una adaptación a las circunstancias” (p. 112), entre otras cualidades. Además, no sólo por estos términos técnicos López Eire demuestra y explica la ensambladura de la sofística con la retórica, sino también a través de principios de la filosofía del lenguaje nacidos en el pensamiento de los sofistas, concretamente en las ideas gorgianas: 1) la realidad se comunica de modo aparente por medio del lenguaje; 2) la realidad percibida por los sentidos no es la misma que escuchamos gracias a la palabra, y 3) si las dos premisas anteriores son aceptadas y a ellas se suma que, “aun admitiendo que sea posible conocer la realidad y comunicársela a otro”, no es factible que en dos individuos se halle al mismo tiempo la misma representación (pp. 112-114). Además de aquello que nos ha llegado de la obra de los sofistas para la comprensión de la retórica, en particular, y de la filosofía del lenguaje, en general, el filólogo de la Universidad de Salamanca puntualmente recalca la trascendencia de la *Retórica* de Aristóteles, la cual constituye el ineluctable pilar de la teoría sobre el discurso (pp. 119-126).

La composición de *Sobre el carácter retórico del lenguaje*, de una sola tirada, crea repeticiones que resultan didácticas, en cierto modo, porque el autor tiene la habilidad de enfocar y de explicar desde diversas perspectivas los pilares y los entresijos de la retórica. La abundancia de ejemplos, el modo de encadenarlos y de proyectarlos hacen de este libro un caso notable de exposición didáctica y sumamente erudita. El estilo encadenado que conduce al lector de un concepto a otro, del ejemplo y su explicación a la

teoría y viceversa convierte a este volumen en una prueba concreta de la predicación con el ejemplo, pues la prosa misma de López Eire, el orden del material y la propiedad del lenguaje son componentes de una retórica expansiva y meticulosa a la vez que versa sobre la misma retoricidad del lenguaje.

Así pues, *Sobre el carácter retórico del lenguaje* es un libro donde el autor sustenta su exposición como el resultado de la comprensión de los fenómenos del lenguaje por lo que toca a su rostro eminentemente retórico. López Eire encauza al lector por el extraordinariamente vasto mundo de la reflexión sobre las posibilidades comunicativas de la lengua en su muy amplia cuna griega, donde la retórica fue parida, creció y se legó como comprensión y reflexión humanas para la posteridad.

David GARCÍA PÉREZ